Medalla de Oro y Diploma de Honor a don Reinaldo Harnecker

El martes 24 de noviembre se efectuó la ceremonia de la entrega de la Medalla de Oro y Diploma de Honor al Ing. señor don Reinaldo Harnecker von Kretschmann, Decano de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, ceremonia a la cual concurrió gran número de socios, familiares y amigos del señor Harnecker.

En esta ocasión se pronunciaron los siguientes discursos:

DEL PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE INGENIEROS, DON DOMINGO TAGLE

Señoras, señores, estimados colegas y amigos:

Dando cumplimiento a sus Estatutos, el Directorio del Instituto de Ingenieros de Chile otorga anualmente una Medalla de Oro y un Diploma de Honor, al profesional que estima más acreedor a esta distinción por haber honrado a nuestro gremio con su labor.

En una sesión especialmente convocada para este objeto, con asistencia de los señores Directores Ejecutivos y Consultivos, se procede a designar al Ingeniero que corresponde recibir el premio; para el caso especial en que la designación recaiga en una persona en ejercicio activo de la profesión, el Reglamento exige la unanimidad de los votos de los Directores presentes.

Hubo esta unanimidad en nuestro Directorio para elegir a don Reinaldo Harnecker von Kretschmann y otorgarle la Medalla de Oro y el Diploma de Honor correspondiente al año 1953.

La razón fué clara; nuestra profesión es por su propia naturaleza una profesión creadora y don Reinaldo al ejercerla ha creado riqueza para Chile, especialmente con su acción en la Empresa Nacional de Electricidad, ha creado nuevas generaciones de Ingenieros a través de su labor en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile y ha creado riqueza para los Ingenieros trabajando por ellos y para ellos en esta casa. Por más de treinta años lo hemos visto dedicar su tiempo a nuestro Instituto, lo hemos visto preocupado de los problemas de la profesión, de ayudar y servir a nuestros Ingenieros.

En los aspectos señalados don Reinaldo ha hecho una grande y valiosa labor, por eso hemos estado seguros de nuestro acierto al agregar su nombre en la lista de honor que vamos grabando en esta sala.

A las nuevas generaciones de Ingenieros el Instituto muestra con orgullo esta lista de honor; permita el Señor que ellos sigan el hermoso ejemplo dado por estos ilustres Ingenieros, ejemplo de esfuerzo, trabajo y sacrificio al servicio del progreso de Chile.

DEL INGENIERO DON JOSE LUIS CLARO, MEDALLA DE ORO DE 1952

Señor Presidente, señoras, señores:

En el proceso de la formación de un hombre se reúnen las fuerzas de raza, de educación, de ambiente; pero todo el esfuerzo y todos los ideales se hacen estériles si no se cuenta con un alma bien templada, con un corazón honrado, con una recta conciencia de la responsabilidad que a todos nos corresponde.

El reflejo de la gran revolución del mundo contemporáneo ha sembrado entre los hombres una ambición impaciente que desdeña el esfuerzo tesonero y que tiende a despreciar los principios y la moral. El hombre vive al día, derrochando su ingenio en conseguir dinero que habrá de malgastar a su capricho; desprecia los conceptos fundamentales de la vida humana, no quiere superarse, no se estima, ni cree en las cosas más sagradas. El paganismo ha embotado su espíritu y se atormenta incesantemente en lo que el siglo denomina inquietud y que es la voz estrangulada de la conciencia y del alma, ese soplo inmortal que, al darle la vida, puso Dios en él.

Los profesionales, los que hemos dedicado largos años a nuestra formación intelectual y moral, buscamos, más que el estudio y la superación, el método fácil de lograr situaciones, de hacer diferencias económicas, de ampararnos bajo la protección de un empleo público o privado. Se han desvanecido las aspiraciones de luchar ante todo por cimentar firmemente un nombre que sea orgullo de los hijos y por templar el carácter de una personalidad sólida e irreprochable.

Reconforta entonces el tener la oportunidad de analizar una figura como la de nuestro festejado de hoy día; porque los rasgos fundamentales de Reinaldo Harnecker desdicen y desmienten las tendencias actuales y nos traen una luz y una esperanza al sombrío cuadro de nuestro tiempo.

Nació a las orillas del mar hace ya algunos años. Cuántos, poco importa porque, a pesar de ellos, su espíritu se mantiene joven, contemplando siempre un horizonte infinito como el del océano que mirara en los primeros tiempos de su niñez. Recibió en su sangre la alcurnia de otra raza y llegó a la vida rodeado de ejemplos de rectitud y reciedad y, aunque de lejos, los cerros y las minas dejaron en su alma un algo del romántico minero.

Yo recuerdo cuando en la cubierta de un transatlántico que partía de Europa hacia América me encontré casualmente con Reinaldo. Terminada

su etapa de formación y recibido su título de Ingeniero, había ido al Viejo Mundo a descansar el cuerpo del enorme esfuerzo realizado y a ensanchar el espíritu con la contemplación y el estudio de más desarrolladas civilizaciones. Regresaba pletórico de entusiasmo ante lo que lo esperaba y lleno de exaltación con el recuerdo del esfuerzo realizado y con las disciplinas matemáticas que satisfacían y entusiasmaban su espíritu. Y se veía ya en él al soñador despierto, al romántico de la acción, al esforzado luchador por ideales y por causas generales. Y en las noches ecuatoriales, mientras el barco se mecía suavemente y soplaban las brisas tropicales, dejaba también traslucir otros romanticismos y otra clase de sanas y entusiastas aspiraciones.

Una vez reintegrado a su ambiente y a su medio, se lanzó de lleno a la brecha. Dos eran sus grandes vocaciones: la Ingeniería Eléctrica y la docencia, y en ambas ha perseverado con amor, con tesón y con energía. Y mientras esto hacía, su espíritu afectivo encontraba una dignísima compañera de la vida y formaba con ella un hogar tranquilo y sereno, bendecido con el premio de hijos y de nietos.

Muchas generaciones de técnicos y de ingenieros han escuchado sus enseñanzas y se han instruído prácticamente en los Laboratorios que, con sin igual energía, ha dirigido, ha formado y ha desarrollado; y sus lecciones dictadas en la Escuela de Artes y Oficios de Santiago y en las Escuelas de Arquitectura y de Ingeniería de la Universidad de Chile, han sido recogidas e impresas en varios libros y folletos. Sin espíritu mezquino y con cariño e interés, ha dedicado muchos desvelos a la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, la que hoy día dirige como su Decano eficiente y emprendedor. Y durante su larga y brillante actuación en el Instituto de Ingenieros de Chile, ha tenido siempre como fundamental preocupación el contribuir a la eficiencia de la enseñanza de la Ingeniería y el mantener la dignidad de la profesión.

En el ejercicio de ésta, trabajó primero, asociado con su hermano don Luis, como contratista e importador de materiales y maquinarias y, después de algunos años, satisfizo su ideal de independencia iniciando su actuación como Ingeniero Consultor especializado en trabajos de electrotecnia. En esta actividad fué forjándose poco a poco en su mente la idea de la necesidad que el país tenía de un desarrollo ordenado y tesonero de sus recursos de energía eléctrica y de lo imprescindible que era el estudiar a fondo ese problema para despejar incógnitas, para deshacer prejuicios y para esbozar un plan de acción. Y del entusiasmo y del dinamismo de Reinaldo Harnecker, secundado por otros ingenieros, nació en 1936 el folleto "Política Eléctrica Chilena" como recopilación de una serie de conferencias dictadas en esta misma Aula del Instituto. Y nació también la inquietud por el problema y se forjó el Plan de Electrificación de la Corporación de Fomento de la Producción y la Empresa Nacional de Electricidad. Sólo el apasionamiento por la obra en que había tenido parte tan preponderante pudo ser motivo suficientemente poderoso para llevarlo a abandonar el ejercicio libre e in-

dependiente de la profesión y, cediendo a su imperativo, aceptó un cargo en la Corporación de Fomento de la Producción, cargo que ejerce en el presente como Gerente Técnico de Endesa y desde el cual sigue actuando con incansable inquietud por el desarrollo de las fuentes de energía eléctrica del país.

Si profundizáramos algo más en su vida profesional descubriríamos, sin duda, muchas otras actividades desarrolladas en bien del país y de la Ingeniería. Todas éstas, lo mismo que las que han sido la base de su actuación, se distinguen por una característica común: el desinterés y el propósito de obrar y de cumplir sus obligaciones a plena conciencia.

Reinaldo Harnecker, señoras y señores, merece cumplidamente la distinción que el Instituto le ha acordado. Junto con una genuina vocación de Ingeniero, posee las condiciones de un hombre de todo bien; nuestra Institución le debe señalados servicios y el desinterés y el entusiasmo profesional que son norte de su vida constituyen un ejemplo para los jóvenes y futuros Ingenieros. Vaya nuestro cálido saludo a su distinguida familia y nuestros parabienes más sinceros para él.

DEL INGENIERO DON REINALDO HARNECKER AL RECIBIR LA MEDALLA DE ORO Y DIPLOMA DE HONOR DEL INSTITUTO DE INGENIEROS DE CHILE

Señor Presidente del Instituto de Ingenieros de Chile;
Señor Presidente de la Corte Suprema;
Señores Ministros de la Corte Suprema;
Señores Decanos de la Universidad de Chile y de la Universidad Católica de Chile;
Señoras, señores:

Siento respeto reverente ante la tradición casi centenaria de esta casa: nuestro Instituto de Ingenieros de Chile. Igual sentimiento me embarga ante la clara trayectoria, de más de un siglo, de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, cuna profesional de muchos de nosotros. Esa tradición venerable, de orígenes comunes aquí y allá, ha sido una fuente permanente que retempla la fe, que purifica el espíritu y que estimula la creación y la acción. Rindo así mi homenaje de admiración a este Instituto, por lo que fué y por lo que es, y expreso mi profunda convicción en su futuro aún más promisor. Manifiesto también mi respeto para los que fueron y mi aprecio para los que son los suyos. Vaya, además, mi profunda gratitud para los que me formaron con sus lecciones y con sus ejemplos.

Recibid, señor Presidente y señores Directores, mi sincero agradecimiento por la alta distinción que me habéis conferido. Tomo en mis manos con modestia este preciado galardón, que guardaré con fervor, seguro de que ha sido mi amor por la profesión y mi fe en el ingeniero chileno lo que

habéis querido destacar. Ambos sentimientos los cultivo con perseverancia y los ostento con orgullo.

Ahora, en medio del intenso bregar tras del saber y del hacer, como profesor y como ingeniero, he tenido la grata sorpresa y he sentido la honda emoción de recibir esta medalla, como amable presagio de que se acerca ya, para mí, el ocaso de la profesión y de la vida.

Me he detenido así, un instante en el camino y, con profundo recogimiento, he recordado la trayectoria profesional de mi generación, desarrollada en un período de transición de la Ingeniería Chilena. He meditado, asimismo, en lo que fué en el pasado, en lo que es en el presente y podrá ser, en el futuro, la tarea del ingeniero frente al medio humano y físico de nuestro país.

Como fruto de esta vigilia, quiero exponeros ahora, en breves pinceladas, aquella tarea, tal como, por mi parte, la veo.

Imperó primero, fuerte y avasallador, el individualismo profesional. La ingeniería era poco diversificada, el ritmo de su ejercicio era más lento y relativamente más simples se presentaban las relaciones humanas y los problemas técnicos. Con estas armas, en ese medio y con todo aún por hacer, los ingenieros y los profesores del pasado lucharon en esa magnífica epopeya de casi un siglo, sobre la cual sólo en parte se ha escrito la historia.

El conocimiento primario del territorio y de sus recursos naturales, las grandes obras públicas y privadas, la conquista del salitre, del cobre y del carbón, atestiguan el esfuerzo de aquellos hombres. Entre ellos descollaron figuras gigantes; ilustres fueron muchos; honrados, austeros y patriotas vivieron su vida todos ellos. Su ejemplo constituye la tradición común y más fuerte de nuestras Universidades y de este Instituto.

Tanta luz arroja también sus sombras. Para muchos de nuestros predecesores, pasaron inadvertidas ciertas grandes riquezas naturales, ahora perdidas para el patrimonio nacional las unas, amenguadas o amagadas las demás. Sin embargo, estas riquezas estaban muy visibles para otros en esa misma época. Algunos de los nuestros las vieron entonces y lograron apreciarlas en su justo valor; pero no tuvieron quizás los medios para defenderlas, aún cuando actuaron tenazmente, sin lograr empero sobreponerse al ambiente.

De fuentes muy queridas, que la tierra de Cabildo cubre ahora, supe, desde niño, que ingenieros nuestros hubo que vieron muy claro y que lucharon muy fuerte, sin ser comprendidos.

Hizo falta tal vez, en esos tiempos, la prestigiada tribuna y el apoyo de este Instituto, fuerte y unido. No había nacido aún, o no salía todavía de su infancia.

Cuán diferente fué el caso, cuando en época muy reciente esta misma sala y el Instituto entero vibraron en campañas memorables y trascendentales, en defensa de nuestros ferrocarriles, de nuestro petróleo, de nuestro

acero, de nuestra industrialización y en apoyo de una política chilena de electrificación del país.

Volvamos ahora la vista hacia nuestro tiempo.

Desde la alborada de un nuevo siglo de vida independiente, hemos vivido el cambio profundo de las tareas y de las responsabilidades que el ingeniero tiene ante el medio humano y físico del país.

Los campos de la técnica crecen en extensión, profundidad y complejidad. Los imperativos de investigar, de dirigir, de producir y de distribuir, además del de organizar y de construir, traen para nuestra profesión nuevos problemas y deberes, en lo científico, en lo económico, en lo cultural, en lo social y en lo educacional. El predominio de lo ejecutivo, en la psiquis, deja de ser absoluto para hacer más y más sitio a lo intelectual y a lo emotivo.

Una honda transformación se va perfilando así en el modo de ser del ingeniero y en sus reacciones frente al medio ambiente, que lo lleva a profundizar su preparación científica, a estudiar los problemas sociales, y a considerar en especial, con mayor preocupación, las tensiones internas de la convivencia humana en las actividades productoras. La profesión penetra así, también, resueltamente en campos no directamente relacionados con la técnica.

Surgen, entonces, en magnífico despertar, esas generaciones sucesivas de ingenieros, que superan una técnica restringida y sus complejos consiguientes de ciega exactitud y de aislamiento que amenguan la profesión. Llevan al país resueltamente por el camino de la industrialización. Organizan, y dirigen grandes empresas de fomento, industriales, mineras, agrícolas y comerciales. Construyen asimismo audaces obras públicas y privadas. Invaden con decisión, llevando consigo sus métodos científicos, los campos de la educación técnica, de la producción, del comercio, de los transportes y de la distribución. Crean, organizan y dirigen nuevos institutos de investigación, nuevas escuelas de ingenieros, de técnicos y de artesanos, y elevan al mismo tiempo el nivel de lo existente. Forman y dirigen actividades bancarias y de previsión; entran de lleno en los campos de la economía y actúan con éxito creciente en la administración pública. Llegan también a dirigir los destinos del país, desde el Parlamento, desde ministerios y aún, en momentos difíciles, desde la primera magistratura de la Nación. Así aplican ellos, sus conocimientos, en los más vastos horizontes y con sus más amplias consecuencias.

Merecería ser estudiado bien a fondo este fenómeno. Este surgir, en las mismas aulas universitarias, de esos rebeldes técnicos, junto con aquellos rebeldes sociales que tan honda huella han dejado en el progreso de nuestra evolución política. De estos, mucho se ha escrito y se escribe aún. La acción de aquellos rebeldes técnicos, quizás más trascendental para los destinos del país que la de los otros, continúa siendo silenciosa, anónima e impersonal, como ha sido generalmente la acción del ingeniero. Su mística sigue

siendo la de educar, la de construir y la de crear nuevas fuentes de riquezas, de actividades y de bienestar para la colectividad. Todo esto sin quitar nada a nadie; pero con tenaz lucha contra la ignorancia, el pesimismo y la obstrucción.

Cuántos de mis oyentes se identificarán en este momento, en el fondo de sus conciencias tranquilas de luchadores, con esos rebeldes que menciono.

Caballeros de la creación y de la acción, allí están en letras de bronce, frente a nosotros, los nombres de sólo algunos de ellos. Nuestro Instituto los recuerda, otros juzgarán su obra. Las cumbres sólo muestran su grandeza ante la perspectiva del tiempo o de la distancia. Muchos se han ido ya, muchos nombres falta aún que agregar.

¡Y a José Luis Claro!, mi amigo de siempre, que me ha recibido hoy, cuyo certero juicio ha traicionado esta vez el cariño, yo le digo que está entre los mejores de esos rebeldes técnicos.

Al lado de tanta grandeza, mostraré ahora algunas de las debilidades, así como por mi parte las creo ver.

La profesión del ingeniero tiene ante sí, en nuestro país, un horizonte dilatado y pocas veces ha podido exhibir, como ahora y con tan legítimo orgullo, sus auténticas creaciones nacionales. Pero el cuadro luminoso de hoy tiene también, como en el pasado, sus fuertes sombras que oscurecen el porvenir de la profesión.

Debemos evitar que el individualismo ciego y destructor de los unos y la indiferencia de los otros, que suelen hacerse mayores mientras más alto estén, traiga la desunión entre nosotros. Ello destacaría con vivo contraste a otros profesionales, que van conquistando, poco a poco, situaciones preeminentes, y apoderándose, paulatinamente, de campos superiores de acción que el ingeniero ocupa; y que a éste, parece no interesarles, pues no intenta siquiera defenderlos.

¿Qué sucede a la profesión del ingeniero?

¿Es la diversificación de las actividades profesionales y la natural creación de nuevas escuelas del ramo, lo que está haciendo surgir esa fuerza centrífuga, que al actuar sobre un medio aparentemente aún no consolidado, tiende a dispersar a los ingenieros y a fraccionar sus instituciones profesionales?

Está muy a la vista el debilitamiento que estamos experimentando como gremio, debido a la multiplicación de nuestras instituciones profesionales y al ausentismo a que las sometemos. Este camino no es conveniente ni está exento de graves peligros.

¿Es la gran extensión del campo profesional y la alta consideración que el título ha adquirido, lo que está dando a la mayoría de los ingenieros la falsa sensación de haber inmovilizado para siempre la fortuna gremial? ¿Es la facilidad actual de encontrar trabajo y la aparente seguridad del campo de acción profesional alcanzado, lo que produce el debilitamiento de la conciencia gremial y de la voluntad de unirse?

Nuestro profesional no ha superado todavía, por completo, su acervo

legendario de individualismo, y no ha incorporado aún, del todo, el hábito y la predisposición de la mente para el trabajo combinado en grupos. Frente a esta realidad ha surgido el imperativo, cada vez más categórico, del trabajo en equipo de los ingenieros entre sí y con otras profesiones afines. ¿Es esto lo que contribuye a producir esta especie de crisis espiritual y orgánica, que parece sufrir el gremio?

La lucha del ingeniero por un nivel de vida más justo y más digno de su esfuerzo, frente a una remuneración generalmente escasa, puede impedir su progreso, puede llegar hasta amargar su ánimo restarle concentración a su mente y diluir su sentido de responsabilidad. ¿Es eso lo que aleja a los nuestros del trabajo en comités o de las reuniones profesionales, agobiados como muchas veces lo están, por trabajos marginales tan necesarios para ellos y siempre tan apremiantes?

He hablado de una especie de crisis espiritual y orgánica que actualmente parece sufrir el gremio. Grave aserto, si no explicase, en una reafirmación de mi fe en el ingeniero chileno, que esta crisis, si es que ella existe en realidad, no es la que acarrea el complejo senil de la profesión, ni el miedo o cansancio de la acción. No proviene tampoco de una anemia profesional: pues más vigorosas, pujantes y seleccionadas que nunca, entran las juventudes a los estudios de ingeniería y éstos son cada vez mejores.

Creo, por el contrario, que esta crisis espiritual y orgánica, es el cuadro muy natural que acompaña al desarrollo violento de un organismo vivo. Así de violento ha sido el crecimiento que, en estas últimas décadas, ha experimentado la profesión. Así han crecido también las responsabilidades que ahora gravitan sobre ella, al abandonar la infancia y entrar a una robusta edad viril.

Vivimos ahora, a mi juicio, ese reajuste espiritual y orgánico de la profesión del ingeniero y seguramente seremos capaces de superarlo.

Deseo ardientemente para vosotros, señor Presidente y señores Directores, elegidos como mentores de la profesión, una profunda clarividencia y una firme voluntad, para que podáis guiarla, a través de esta crisis espiritual y orgánica, con la sabiduría de un médico y con la mística de un sacerdote. Para que podáis dirigirla con energía y con suavidad paternales, y para que logréis defenderla, con decisión, de los peligros internos y externos que la amagan.

Unid a los profesionales chilenos sin limitaciones de ninguna clase, ni de escuelas, ni de especialidades. Acogedlos y reunidlos en un solo haz, por el solo hecho de ser honrada y sinceramente ingenieros. Enfrentadlos en seguida con sus responsabilidades actuales y estimuladlos hacia la acción.

¡Qué tarea más grande y más digna de nuestra querida Institución! Para que ella vuelva a ser el Instituto de los Ingenieros de Chile y no sólo de una parte de ellos.

Por mi lado, desde el sillón de mayor que me habéis señalado en éste, mi hogar profesional, yo os prometo estar en todo momento junto a vosotros,

con las fuerzas que me queden y con el entusiasmo que los años no quieren todavía atemperar.

¡Tratemos finalmente de escrutar el futuro! No os alarméis, pues ni siquiera intentaré hacer de profeta. Sólo recurriré a ese método de trabajo tan habitual para nosotros, a esa extrapolación prudente, que tiene también algo de profecía.

Seguramente la técnica seguirá su expansión acelerada. Es la herramienta que la humanidad desarrolla para perfeccionar la civilización moderna. La responsabilidad de quienes manejan esta técnica, continuará también creciendo y se hará cada vez más ineludible. Los que la dirigen deben velar para que esa herramienta sea utilizada como un medio y no como un fin, y siempre en forma eficiente y ordenada para el mayor servicio y beneficio de la colectividad.

El ingeniero debe seguir formándose dentro de los altos valores humanos, culturales y espirituales de las Universidades, en el armónico y discreto equilibrio de lo científico con lo técnico, de la teoría con la aplicación, de lo espiritual con lo material, de la investigación, del análisis y de la síntesis. Así la técnica tendrá una orientación y un freno. Así tendrá, nuestra profesión, en este siglo que debe ser del hombre, un más amplio sentido humano.

La Ingeniería Civil, en Chile, ha superado ya la primera etapa de la profesión: la del constructor. Esta última no ha perdido ni su importancia ni su utilidad; pero el centro de gravedad profesional está ahora en la producción y en parte también en la distribución. Es, en estas actividades, donde se hace necesario, ahora, aplicar las disciplinas científicas y tecnológicas habituales en nuestra carrera. Así los bienes, ya sean permanentes o el consumo, llegarán de la más alta calidad y al más bajo precio posible al mercado.

La tarea del ingeniero no debe terminar en los procesos de la construcción o de la producción, ya que debe procurar que los progresos que se realicen en esos procesos y las economías que en ellos se obtengan beneficien a la colectividad toda.

En resumen, debemos dar a nuestro profesional, cada vez más, una mayor visión de los problemas de conjunto y de los factores imponderables que intervienen en los procesos de la construcción, de la producción y de la distribución.

Debemos seguir acentuando, en los ingenieros, su preocupación por la mejor y más justa convivencia humana, por las actividades culturales, artísticas y deportivas, además de las científicas y tecnológicas, que deben ser siempre su tarea fundamental.

Nos debe seguir preocupando también, siempre en mayor escala, los problemas de la administración y en general los de la economía. Hace mu-

cha falta aplicar, en éllos, los principios científicos de la causalidad, en lugar de los azares de la casualidad a que conducen las improvisaciones indoctas, aún cuando éstas se disfracen de sano sentido común, que no siempre es sano, ni siempre tiene sentido.

Se debe templar la voluntad de acción en nuestro profesional y aumentar en él su capacidad de síntesis, para sacarlo así, cada vez más, de su situación pasiva en la solución de los grandes problemas nacionales. Así también, como alguien tan acertadamente lo dijo, ellos no serán sólo meros espectadores, cuando se pretenda resolver dichos problemas con criterio político simple, con grave perjuicio para el país, y sin escuchar la recomendación, o contrariando la opinión de los técnicos. Así también defenderán, los ingenieros, enérgicamente, las organizaciones técnicas que ellos hayan creado, contra las intromisiones sectarias o partidistas que las hagan peligrar.

Frente a sus nuevas responsabilidades y campos de acción, hay que profundizar lo científico en los estudios de la ingeniería; orientándolos también, más y más, hacia materias que no están estrechamente ligadas a la técnica. Sólo así el egresado adoptará una actitud más comprensiva frente a la comunidad y participará más activamente en la vida pública, ensanchando en esta forma sus horizontes profesionales y sus posibilidades de acción.

Se ha dicho de los ingenieros que, si bien han ganado respeto y a veces admiración por sus realizaciones técnicas, deberán ahora conquistar la amistad y la cooperación de sus conciudadanos para sus creaciones y actuaciones como directores cívicos de la comunidad humana.

Es preciso reforzar, en los nuestros, el concepto, la predisposición de la mente y el hábito del trabajo en equipo, entre sí, o con otras profesiones. Las complejidades, ramificaciones y correlaciones de las tareas profesionales del ingeniero, lo obligan cada vez más a usar este método de trabajo, no habitual aún entre nosotros y que constituye una herramienta que es necesario aprender a manejar bien.

Finalmente, debemos formar a nuestros profesionales al lado de la investigación científica y tecnológica. Conocerán así el lenguaje y los métodos de la primera y practicarán la segunda como un hábito.

Con la expansión del campo de la técnica, surgen las especialidades en la profesión del ingeniero. Este es un hecho inevitable, que es preciso encarar con firmeza; pero dosificar con prudencia para evitar que la profesión disminuya de nivel.

No por evitar el universalismo, que al mucho abarcar haría a la profesión cada vez menos densa, debemos caer en el extremo opuesto, que es aún mucho peor. Prodigar o acentuar la especialización: ese saber más, cada vez de menos, como alguien lo ha definido, forma la mente unilateral del especialista monocorde. Daríamos vida, con ello, a ese ente con mala estiba de su barco espiritual, como lo han llamado; crearíamos ese bárbaro moderno, como otros, con mayor crueldad lo denominan.

Son estas las raíces de la reforma profunda en que la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile está empeñada des-

de el año 1914 y que acelera ahora. En ella trabajamos intensamente sus profesores, sus egresados y sus alumnos. Este Instituto ha demostrado, más de una vez, su preocupación por ella y atinadas han ido siempre sus actuaciones.

Así formaremos, junto a las otras Universidades, cada vez mejor, a los profesionales que han de enfrentar, en el futuro próximo, sus tareas y sus responsabilidades ante el medio humano y físico de nuestro país.

Cumplirá así también, una vez más, nuestra Universidad de Chile, con sus deberes. Os seguirá entregando lo mejor de sus frutos que son sus egresados: sus hijos espirituales, el producto de sus desvelos. Mantendrá sobre ellos, como siempre sus ojos esperanzados y anhelantes.

A vosotros señores miembros de la más antigua y prestigiosa institución de ingenieros de Chile, os corresponderá, como hasta ahora, hacer el resto, y seguir en esa noble tarea de velar por el porvenir de los nuestros y de su bella profesión.

Os agradezco, una vez más, el alto honor que me habéis conferido y la oportunidad que he tenido para reiteraros, aquí, mi honda fe en el ingeniero chileno y mi amor por nuestra profesión.

Gracias señor Presidente por las cariñosas palabras que me habéis dedicado. Gracias también, a ustedes, mis amigos, por haberme acompañado en este día tan solemne para mí

He dicho.